

MATEO MATÉ
PAISAJES UNIFORMADOS



PAISAJES UNIFORMADOS

Maite Méndez Baiges

“Tomados en sí mismos, liberados de su función bélica, los tradicionales diseños miméticos de los soldados son pinturas hermosísimas, composiciones abstracto-naturalistas que evocan muchos estilos pictóricos, del Art Brut al Déco, del Informalismo al Modernismo” afirmaban los diseñadores Mendini y Rasulo en los años noventa. Y así se puede comprobar en los *Paisajes uniformados* de Mateo Maté, a quien los patrones del camuflaje militar mimético de los ejércitos del mundo entero le sirven como una paleta inmensamente rica para recrear los paisajes de algunos pintores europeos realistas e impresionistas: Carlos de Haes, Joaquín Sorolla, Henry H. Parker, Adelsteen Normann, H. Bolton Jones, John F. Kensett, etc. Cada uno de los cuadros de la serie contiene el muestrario de los uniformes utilizados, con sus respectivas procedencias. En primera instancia, su serie es una interpretación en clave DPM (Disruptive Pattern Material, o sea, camuflaje mimético) de las vistas de fiordos del pintor noruego, de cumbres escarpadas del hispano-belga, de atardeceres calmos del norteamericano o de la pincelada suelta y el color vibrante del español. Al sustituir las tramas pictóricas de los

lienzos originales por las de los estampados de esos uniformes, no queda ni un solo centímetro cuadrado de la superficie pictórica sin su correspondiente diseño de camuflaje, del mismo modo que quizá no quede apenas un metro cuadrado de superficie terráquea sin su correspondiente sujeción al control militar. El camuflaje se revela así como un registro ideal para calibrar los mutuos préstamos e intercambios entre dos ámbitos que a primera vista podrían pasar por antagónicos, el artístico y el militar.

No en vano, en el origen del camuflaje militar contemporáneo, durante la I Guerra Mundial, se encuentran artistas pertenecientes a las primeras vanguardias del siglo XX. Algunos pintores fauves, cubistas, abstractos o vorticistas pusieron al servicio de esta guerra sus muchas habilidades en los terrenos del engaño y la invisibilidad. Dalí no albergaba dudas sobre la contribución de sus compañeros de filas a esta confluencia: el cubismo ha funcionado con eficacia en los campos de batalla, sentenció acerca de lo ocurrido durante la guerra del 14. Mientras que Franz Marc, que fue téc-

nico de camuflaje en el ejército alemán, apuntaba en su correspondencia desde el frente que sentía una gran curiosidad por conocer el efecto que provocaría un kandinsky a 2.000 metros de altura. Se refería así a la conversión de la pintura abstracta de los miembros del Blaue Reiter (como Kandinsky o él mismo) en arma de camuflaje contra la observación aérea del enemigo, no sin dejar de mostrarse estupefacto ante esa inesperada mutación del arte abstracto en arma de guerra, y en paisaje. Y no le faltaba razón, ¿acaso no habían perseguido los abstractos una pintura pura, autónoma, no dependiente de cometidos prácticos, y, sobre todo, alejada al máximo de finalidades miméticas o realistas? No es esta la única paradoja con la que nos encontraremos al frecuentar a la pareja constituida por arte moderno y camuflaje. En todo caso, si los pintores inventaron el camuflaje mimético, es sin lugar a dudas un acto de justicia poética restituir al arte lo que la guerra le había arrebatado, tal y como defiende, y lleva a la práctica, Mateo Maté en sus *Paisajes uniformados*.

Como decía, el camuflaje es un campo sembrado de minas, que aprovecha la mínima ocasión para sumirnos en un mar de confusión y paradojas, tanto artísticas como de otra naturaleza, sobre todo políticas. La serie de Maté posee la habilidad de revelar y hacer uso de esto con singular precisión. Que los paisajes de la pintura decimonónica se puedan metamorfosear sin aparente dificultad en fragmentos de uniformes militares no solo dice mucho acerca de la cualidad de la pintura, sino que nos alerta sobre la imposición de un modo uniforme y militarizado de ver y estar en el mundo.

Por un lado, en estos paisajes se ponen de manifiesto las ambiguas relaciones entre abstracción y representación

que ligan arte y camuflaje. En los paisajes de Maté se despliega nítidamente el carácter de la pintura como superficie bidimensional recubierta de colores dispuestos en un cierto orden; pura abstracción, se podría decir. Desmentida, sin embargo, por el hecho de que la síntesis de esas manchas de colores produce un resultado figurativo y “naturalista”, pues se encarga de representar elementos del paisaje: lagos, arbustos, montañas, cielos...; y como si quisieran, para colmo, adentrarnos en los vericuetos de una especie de camuflaje al cuadrado, entre la maleza de algunos de estos paisajes se esconden otros motivos “realistas”: nada menos que uniformes militares de camuflaje, con sus insignias y medallas, sus mangas, cuellos, bolsillos y todo. Se provoca así el choque de abstracción y representación, devolviendo al diseño DPM su finalidad esencial, la mimética, la de confundir figura y entorno, la de poner en práctica sus juegos y artimañas visuales, que son también un cuestionamiento sobre la verdadera naturaleza del arte pictórico. De este modo, se revela que pintura y camuflaje son, quizá siempre lo han sido, el mismo tipo de engaño visual, creado por profesionales en urdir mentiras, o mejor dicho, ficciones; ficciones que remiten a la verdad.

Pues el camuflaje es un significante polisémico, dispuesto incluso a albergar significados opuestos, o convencionalmente enfrentados, como abstracción y realismo, pero también guerra y paz, artificio y naturaleza, lo funcional y lo desinteresado, lo pragmático y lo estético. El tránsito por estos *Paisajes uniformados* tan pronto nos brinda una reflexión sobre la condición de la pintura, como un análisis lúcido y una reacción paródica contra todas esas técnicas de camuflaje que constituyen la “agenda oculta” de las sociedades

del espectáculo actuales, expertas en las artes del engaño, el disfraz, la ocultación, el control o la vigilancia. Ante esta propuesta nos damos cuenta –como afirma Carlos Jiménez– de hasta qué punto nuestra mirada ha sido avasallada por la mirada militarizada, que ve en cada lugar un campo de batalla y en cada color un color de camuflaje. Es algo habitual en la estética de Maté, acostumbrada a detectar los dispositivos que garantizan la vigilancia perpetua de los ciudadanos y, en consecuencia, a denunciar los efectos de una retórica de violencia disfrazada de atención a su seguridad. Los diseños de camuflaje, nos recuerda Maté, son también fieles portadores de una historia colonial, de conquista e imperialismo, del avance, en fin, de un orden militarizado urbi et orbi.

La ironía, tan presente en la poética del artista, no alcanza a ocultar que la guerra, la violencia, la muerte o las consignas militares se encuentran instaladas con toda naturalidad incluso en interiores domésticos supuestamente acomodados, protegidos y confortables, sobre los que se impone a la fuerza el pleonasma del “nacionalismo doméstico”. La violencia ha sido asimilada hasta tal punto que toda mirada social es una mirada militar, por mucho que se presente bajo un aspecto inofensivo.

El participio de uniformar que encontramos en el título de esta serie, se refiere tanto a esa militarización como a la otra acepción de este verbo en el diccionario: la de “hacer uniformes” las cosas, o bien, “dar traje igual a los individuos de una comunidad”. Mediante un discurso publicitario que ordena el uso de ciertas actitudes, atuendos o looks, las marcas de moda extienden esa uniformidad, a pesar de que sus consignas intenten cegarnos con el humo de la “libertad de

elección” o las múltiples posibilidades de personalización de productos que solo se nos venden previa expropiación de los deseos propios en favor de los prefabricados. *Paisajes uniformados* es asimismo una forma de alusión a la homogeneización, normalización y docilidad generalizada, cómplices del orden social y político que se encarga de imponerlas por medio de distintos tipos de violencia simbólica, y de forma más eficaz cuanto más disperso ese poder. “Con la militarización total de todas nuestras fronteras, implantada con la excusa de la seguridad, todos nos preparamos para una movilización general. No sabemos ni cuándo ni dónde surgirá el conflicto, pero tenemos que estar preparados”, afirma Maté. No puede extrañar en este ambiente enrarecido que haya tantos civiles vestidos de camuflaje por las calles de nuestras ciudades.

Para el análisis de las relaciones de poder, opinaba Foucault, solo disponemos de dos modelos, el que nos propone el derecho y el modelo guerrero o estratégico de relación de fuerzas. Los *Paisajes uniformados* de Maté se decantan por este segundo. Para ser eficaz, continúa Foucault, la resistencia tiene que ser como el poder, tan inventiva, tan móvil, tan productiva como él; así que igual de hábil en ocultarse, tan experta en tácticas de decepción como su enemigo. Dice una definición militar que camuflaje es, estrictamente, “la información diseñada para manipular el comportamiento de otros induciéndoles a aceptar una presentación falsa o distorsionada de su entorno físico, social o político”. Dejar testimonio de que nuestra experiencia de la realidad pasa por este filtro de la “decepción” (denominación técnica de camuflaje en el ámbito militar) es ya una forma eficaz de sublevación contra la imposición de su doxa.